

Una luz fugaz ilumina la estancia, es hermosa, allí se encuentran esculpidos siglos de orgullo y dedicación, siglos de entrega, de pasión. Todos los que una vez moraron esa casa yacían bajo tierra en el eterno descanso. Se respiraba tranquilidad, paz, como un presagio de su futuro, camina por las habitaciones observando. Un estudio lleno de estanterías, se adentra, y al acercarse ve las marcas de los libros que ocuparon su sitio forrando de magia y lengua las paredes de la habitación; al fondo y bajo la ventana dos sillones de respaldo alto y brazos, forrados en terciopelo rojo, sillones de lectura, relajantes. Se acerca y observa la marca de todos los cuerpos en el terciopelo, se ve ajado en los bordes del asiento. Siente el tacto de la tela en las yemas de sus dedos rozando la zona en la que reposaría la cabeza, que pensarían ellos lo que una vez vivieron en esa casa. Suspira y mira por la ventana, el jardín, aun se ven los restos de lo que una vez debió ser un esplendoroso jardín, los matorrales aun conservan una pequeña imitación de los que una vez fue un perfecto alineamiento, puede imaginarse a un jardinero cuidando las flores primorosamente debían encontrarse en el centro, donde solo había ahora matojos. Se sorprende al descubrir un color rojizo entre las ocres hojas que lo recubren todo, una cinta roja, quizás un lazo del pelo, o un pañuelo, no lo distingue a esa distancia y se promete bajar a comprobarlo. Se acerca al escritorio, al fondo de la habitación, es muy hermoso, el enorme sillón de cuero le infunde temor, imagina la estancia repleta y ese sillón, tan fuera de lugar, tan practico, gobernándolo todo con su mirada altiva. Pero no consigue apartar la vista del escritorio, ¿qué secretos habrá guardado? Que valiosos documentos reposarían sobre el tablero, emite un pequeño gemido de sorpresa, taracea, vaya eso si que era autentico lujo. Bien no se sorprendía aquella casa era maravillosa, ¿qué tragedia habría impulsado a sus habitantes a abandonarla?. Aspiró por última vez el aroma de la habitación, cuero viejo, madera, y libros, no quedaba ninguno en los estantes, pero aun se reconocía su característico olor tan diferente a cualquier otro....

Salió al pasillo dispuesta a acometer con la misma voracidad la investigación del resto de las habitaciones, ese cuarto había despertado un deseo de saber, de conocer a los habitantes de la casa, de conocer su tragedia...

Lentamente recorre el pasillo, intenta descubrir qué cubría en un tiempo las desnudas paredes, en ese hueco un cuadro sin duda, aun es evidente la diferencia de color de la madera, se imagina un enorme retrato, una mujer hermosa, seria un lugar apropiado justo al principio de la escalera así podría verse desde la entrada, nada mas entrar los invitados se verían embriagados por la presencia de la hermosa anfitriona. Si a lo largo del pasillo hay muchas marcas similares, pero ninguna le atrae tanto como esa.

Pasa a una sucesión de habitaciones sin demasiada importancia, las estériles habitaciones de invitados y del servicio, y de pronto encuentra una que la intriga, vacía, le sorprende, hay un olor particular en la habitación un olor que recuerda pero no reconoce, se acerca a las cortinas, gruesas cortinas de paño, es extraño toda la casa es una muestra de lujo y esas cortinas.... Al entrar luz en la habitación descubre unas manchas en el suelo de madera al principio se asusta las manchas están casi borradas por el tiempo, la vetusta madera absorbido el color, se acerca con el corazón en un puño, pensando en antiguas leyendas...pero no, al agachares y fijarse mas recuerda el olor, es el olor a disolventes, y las manchas son de pintura; así que era un estudio, se da cuenta que los paneles del fondo no encajan y se acerca, un armario, que elegante, de pronto se da cuenta de que quizás haya más secretos que ha pasado por alto, estancias escondidas. Abre las puertas y descubre una pequeña habitación atestada de objetos, un diván un pedestal, y varios lienzos en blanco, bien era un estudio, sonríe al recordar las macabras ideas que le habían pasado por la cabeza al descubrir las manchas del suelo, sacude los resquicios de estas ideas con un movimiento, cierra las puertas. Sigue deambulando por el pasillo hasta que encuentra lo que estaba buscando, *su habitación*, se queda mirando la estancia desde la puerta, y lo sitúa todo

antes de entrar, en el centro de la habitación, una cama con dosel, sin colchón, se han llevado los cortinajes y el techado y la cama parecen un esqueleto desnudo. Las paredes están forradas de espejos al menos tres de ellas, espejos grandes y pequeños, pero solo uno de cuerpo entero. Al fondo de la pared más próxima a la puerta descubre una abertura, el armario, y en el centro, un tocador con un enorme espejo enmarcado en dorados. No hay nada sobre la mesa, pero es capaz de imaginar frascos de perfumes y cremas y un cepillo, y un peine de plata. Al lado de la ventana había un biombo con dibujos selváticos, y un maniquí. AL fin se decidió y entro en la habitación, sintió un escalofrío la verse reflejada en todos los espejos de la habitación, un escalofrío que borró con una sacudida como acostumbraba. Se acercó al armario, y empezó a sentir una sensación desagradable en el estómago, con un último impulso abrió las puertas, algo le cayó sobre la cara y grito lanzando zarpazos al aire para sacárselo de la cabeza. Cuando cayó al suelo se quedo estupefacta, era un paño enorme con una abertura arriba, un cubre trajes, supuso. Pero nada le preparó para lo que venia después, volvió a acercarse al armario que había quedado con las puertas entornadas, las abrió y se quedo estupefacta. Ante ella había un enorme vestidor, al fondo un espejo de tres cuerpos le devolvía la mirada y a ambos lados las paredes estaban cubiertas de vestidos, preciosos vestidos de la época colonial, unos conservados mejor que otros, pero todos fastuosos y simplemente preciosos. Pensó que luego se reiría de su estupidez pero aun así no quería arriesgarse a quedarse encerrada y enganchó una de las perchas entre el marco y la puerta justo encima de las bisagras. Se adentró en la habitación pasando la mano por encima de aquellos tesoros, se imagino a sí misma vestida con aquellas ropas, imagino cada uno de ellos cada escena, un opera, una cena, un baile, aquel del fondo blanco con brocados negros, ese, imaginaba un minué un hombre sujetando su cintura y la música sonando en sus oídos. Encima de su cabeza había un estante, vio cajas, enormes cajas y debajo en otro estante, los zapatos, botines de cuero, sandalias de tafilete, y chapines forrados de seda y damasco. La curiosidad pudo más que su cordura y empezó a saltar para alcanzar las cajas, el crujido del suelo la asustó y decidió salir a buscar la silla de la cómoda, volvió a entrar con ella y se aupó para alcanzar las cajas. Las fue abriendo una a una descubriendo sombreros uno para cada traje, casi al final del estante encima del vestido para minué había una caja alargada, la abrió y descubrió unos guantes de satén negro largos por encima del codo, el papel crujió al sacarlos, tenían manchas obviamente producidas por el tiempo. Hizo un gesto torcido y bajo de la silla, la empujo hasta la entrada del vestidor y dejo los guantes sobre el respaldo, se acerco al vestido y lo cogió desde atrás, no sería buena idea probárselo, pero al menos verlo superpuesto... se lo colocó y miro hacia el espejo.

Fue incapaz de ahogar el grito que salió disparado de su garganta cuando se vio en el espejo. Todo el corpiño del vestido estaba cubierto de manchas oxidadas, manchas de sangre que se habían vuelto negruzcas con el tiempo, pero era sangre sin duda alguna. Su corazón comenzó a desbocarse, de pronto todos los crujidos de la casa se volvieron uno y le atronaron en los oídos, soltó el vestido como si fuera veneno y salió corriendo hacia la puerta, tropezó con la silla y acabo en el suelo del dormitorio, sabia que se había herido el codo pero estaba asustada, muy asustada y quería salir de allí, necesitaba salir de esa casa, al final todas las leyendas eran ciertas, leyendas de crímenes horribles, pasionales, torturas y venganzas, se imagino a aquella pobre mujer degollada por un cruel asesino, se levanto gimiendo, no se había herido solo el brazo, la rodilla derecha le latía y le dolía, pero no pensaba quedarse ni un instante. Salió al pasillo el sol había alcanzado la altura de la ventana y la luz entraba casi insultantemente dándole en los ojos, se apoyo en el centro del pasillo justo debajo de la marca de aquel cuadro inexistente que imaginaba. Consiguio calmarse. Pensó en todo lo ocurrido y se dio cuenta de sus paranoias, aquella casa no tenia habitantes, pero se había contratado a una empresa de seguridad para que la vigilase, una enorme casa colonial en el estado de NY que iban a convertir en museo, no habrían dejado que fuese invadida por indigentes o...definitivamente deshecho la idea del peligro.

Volvió a dirigir la mirada al final del pasillo pero no encontró fuerzas para volver a la habitación. Dirigió la mirada hacia el otro lado del pasillo, aquellas casa solían ser muy parecidas unas a otras, supuso que le habitación del señor de la casa estaría al otro lado del pasillo. Ese maldito, como había podido, en un instante recreó mentalmente la escena, un hombre celoso, un hermoso joven y una esposa encerrada en aquel caserón, muy lujoso, pero una prisión al fin y al cabo. Empezó a sentir curiosidad por aquel hombre, aquel monstruo cruel.... Se irguió, probo su rodilla y se frotó el codo, nada grave, solo el golpe. Se alejó de la pared apoyándose con las manos, se dio la vuelta y miro directamente hacia la puerta del fondo, la puerta del señor de la casa, la puerta del monstruo.

Comenzó a caminar en esa dirección, casi sin darse cuenta, lentamente, de vez en cuando se daba la vuelta y comprobaba sus espaldas, no había nada ni nadie en la casa era solo su propio miedo y lo sabia, pero más valía prevenir... Finalmente llego hasta la puerta miró a ambos lados, hacia el final del pasillo y hacia el ventanal de ese lado de la casa, el corazón le latía con fuerza lo sentía palpitar en sus oídos, alargó la mano hacia el agarradero y tiró. Nada, la puerta no se abría empezó a mover el agarradero frenéticamente, luego más pausadamente atrayéndolo hacia sí, quizás con el tiempo, pero nó, aquella puerta estaba atascada o cerrada con llave, ¡Llave! Claro no había tenido que usarla y lo había olvidado, tenia la llave maestra de la casa. Se saco la llave del bolsillo y empezó a sentirse muy nerviosa, tomó aire y abrió la puerta antes de la determinación que la había empujado hasta allí hubiese desaparecido. Giró el picaporte y empujó.

Esperaba encontrar un cuarto tenebroso, perverso, pero no, aquella era una habitación bien iluminada, elegante, al contrario que en el resto de la casa estaba intacta, con una generosa capa de polvo que casi la asfixia, pero estaba intacta. Las sábanas puestas, las cortinas colgadas, todo como si no la hubiesen tocado en cien años, y así había sido, entró casi con miedo en la habitación, caminando con cuidado sobre la mullida alfombra intentando averiguar el dibujo, se paró un instante y sobre el suelo divisó algo extraño, se agachó a recogerlo, era una hoja de papel, la letra era anticuada, pero perfecta, las letras eran armoniosas, se veía a través de las letras a una persona equilibrada, sensata, culta, la curva de cada letra denotaba la pasión y un halo de magia envolvía aquella carta. O eso parecía, intento leerla pero le era muy difícil, la letra, y la capa de polvo se lo ponían difícil, la llevo hasta la ventana para verla mejor la puso casi al trasluz y consiguió el efecto, comenzó a leer.

Querida Claudia:

Mi dulce amor. Sé que lo que voy a hacerte es horrible y no espero que me perdones, solo quiero que me recuerdes como lo que una vez fui, lo que siempre he sido, no me recuerdes por estos tiempos de locura y devastación, no me recuerdes como este hombre acabado que ha empeñado su honor en una tarea deshonrosa, te lo ruego. Esta casa es lo único que puedo dejarte vida mía, pero sé que lograrás salir adelante sin el lastre que te supongo. Cuida de nuestra pequeña Emily vida mía, y no me llores, jamás te merecí, y por eso, te agradezco cada instante que me diste. También te pido que perdones a los que me llevan a esta tragedia, no les culpes ya que fue mi estupidez y no su mano la que me llevó por este camino.

Solo me queda decirte adiós, mi dulce Claudia, y que me llevo ese pedazo de corazón que me entregaste.

El que Siempre te amo

Roger.

Tuvo que releer tres veces la carta para llegar a entenderla, no por que le fuera difícil simplemente aquella información se negaba a atravesar la imagen cruel que se había forjado de ese hombre. Levantó la vista y vio ante ella a las personas que habían habitado la casa, un hermoso retrato, una pareja de jóvenes sonrientes con un bebé en brazos. Ella era incluso más hermosa de lo que había imaginado, y él, justo lo contrario, él era la imagen del galán que había forjado su mente. De pronto la idea que había concebido se hizo pedazos, aquel hombre no era un monstruo y jamás le habría hecho daño, entonces....

Con la idea de desvelar el misterio comenzó a buscar pistas en aquella habitación, había una mesa, una bonita mesa de tocador masculino, le hizo gracia la frase, había un bote de crema o brillantina, y una bandeja con la navaja y la barra de jabón, el cepillo estaba caído de lado. Al lado de la mesa había un... bueno lo que había antes de los lavabos, aun tenía las toallas colgadas, toallas de fino lino, debía ser verano, si, lo confirmó al acercarse al galán de noche donde había colgado un traje, con el polvo fue difícil distinguir el tejido, pero finalmente determinó que era lino, un lino que ella jamás había visto, aunque quizás era el efecto del tiempo. Se acercó a la cama, a ambos lados había mesilla, una con una lámpara, la otra, la otra, llena de libros, si quizás allí, encima de la pila de libros había una nota, apoyada sobre un sobre. No tuvo problemas en leer ésta, la letra era horrible, pero lo bastante clara, y el escritor había presionado mucho con la pluma y había pegotes, peor la tinta no se había borrado apenas y leyó:

Sr. Hodges,

Su poca caballerosidad nos lleva a tomar medidas drásticas, le rogamos se encuentre con nosotros mañana al atardecer en el lindero del bosque con su propiedad y nos entregue la suma acordada o nos veremos obligados a confiscar todas sus propiedades. Le recordamos que si bien no poseemos un aval, contamos con su palabra de honor, y si no nos complace devolviéndonos la suma acordada, le retare personalmente como satisfacción.

La firma era ilegible un garabato terrible.

De pronto todo se perfilo con claridad. Aquella misiva amenazante, la carta de despedida, la sangre. Vio la imagen como si estuviera allí, una fiesta, Claudia vestida con el vestido blanco, bailando con sus invitados, de pronto se da cuenta de que no está su amado esposo, sube a buscarlo pensando que se encuentre mal, y ve la carta y luego la amenaza, deja caer la carta y sale corriendo de la habitación, cierra para que nadie vea lo que pasa, sale sin ser vista y se dirige al lugar de encuentro. Peor solo llega para ver como abaten a su amado esposo, le abraza deshecha en llantos cubriendo el vestido con su sangre. Algunos invitados la han seguido y llegan a ver la escena. Quizás cogió una de las armas para disparar a los asesinos, sin saber que las armas de duelo solo tienen una bala y de allí nació la leyenda.

Suspiró, mirando al suelo. Pensó en el bebé, Emily, debía averiguar quien era, quizás nunca supo que ocurrió allí, quizás su madre se volvió loca, ella lo haría, bien, dejó la carta en la mesa. Salió, y cerro detrás. Se ocuparía de ello mas tarde. Otro día descubrirá que había sido de la niña, y que era el lazo rojo. Salió de la casa y volvió al mundo, no seria nada fácil restaurar aquella casa. Pero sabía que pondría el corazón en ello.